

## **Cortes de Fluido.**

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

En 1.800 el porcentaje de población que vivía en ciudades con más de 10.000 habitantes era el 1%. Siglo y medio después, en 1960, este valor alcanzó el 20%, y se estima que en el 2025 llegará a ser el 65%. Sin duda un imponente movimiento migratorio del campo a la ciudad que tiene en España un destino preferente: la costa mediterránea. Si a ello se añade el creciente nivel de vida de los ciudadanos (lujos de antaño, como la climatización de viviendas, son hoy necesidad) y un turismo con las mismas preferencias, la tensión que soporta el medio natural en toda la costa está servida. Y en esta dinámica si los servicios de estos núcleos urbanos que crecen sin cesar no se amplían al compás, pronto quedan obsoletos. Por ello, un crecimiento exponencial de la demanda de electricidad debe, en paralelo, ser acompañada por el de la red que la distribuye. Y si así no se procede, los cortes de fluido eléctrico van a ser inevitables.

Y como ése no ha sido el caso, los cortes han aparecido. Unos cortes de fluido eléctrico que se han unido a los ya tradicionales cortes de agua, el fluido urbano más básico. Unos y otros son consecuencia de la explosión, que no del crecimiento, de nuestra costa. Coinciden en trasladar incomodidad a la ciudadanía y en requerir idéntico tratamiento: la ampliación al compás de la demanda de las redes que los distribuyen. Sin embargo las diferencias que presentan se traducen, como se verá, en la rápida erradicación de los cortes de luz (hemos contemplado la pronta reacción de los responsables) al contrario de lo que acontece con los cortes de agua. Éstos nos acompañarán mientras no cambie su cultura de uso, cosa nada probable vistos los vientos que soplan.

Y es que mientras la energía eléctrica sólo puede almacenarse en muy pequeñas cantidades en condensadores, pilas o baterías, los aljibes y depósitos guardan cuanta agua se precise. Esta diferencia establecida por las leyes de la física, y que de hecho constituye la principal ventaja de la energía hidráulica sobre la eléctrica, la torna en inconveniente una condición humana que prima la rentabilidad inmediata sobre la planificación a medio-largo plazo.

Y así, siendo imposible almacenar energía eléctrica, las carencias de su distribución de inmediato queda en evidencia. Mientras, la insuficiencia de las redes hidráulicas y sus fugas se disimulan con unos aljibes domiciliarios indeseables desde cualquiera otra óptica que no sea la de ocultar aquellas vergüenzas. Y en ello radica la explicación del mencionado contraste.

Las leyes de la física han establecido otra caprichosa diferencia que también juega en el mismo equipo. Una fuga eléctrica (por derivación se la conoce) es de inmediato advertida por los interruptores diferenciales, mientras que en las redes de agua sólo un reventón de proporciones notables se autodelata. Las más de las fugas hídricas son silentes y, por ello, deben buscarse. Y como en la mayoría de casos tal no se hace con la debida aplicación, casi todas las redes de agua presentan pobres rendimientos, al fin y a la postre la razón de ser de unos cortes de agua tercermundistas. Con redes estancas y modernas nadie interrumpe el suministro. Tan sólo, cuando es menester, se restringe.

Y por si las redes eléctricas no estuvieran suficientemente amparadas por la física, la historia y la cultura también juegan a su favor. Oficialmente la sequía es la única culpable de la interrupción del suministro de agua. Nada que ver, bendita ignorancia, con unas redes que fugan como un colador ni con una inadecuada política que desconoce, y por ello menosprecia, la gestión de la demanda. Por contra, en el caso de cortes de luz las responsabilidades están muy claras. O de la compañía distribuidora o de la administración. O de las dos. Las habas, pues, están contadas. Y mientras, la excusa de la sequía, amén de quedar bien, es difusa y sufrida. Por ello la opinión pública asume con resignación franciscana los cortes de agua mientras reacciona con indignación ante los cortes de fluido eléctrico, lo que justifica tiempos de respuesta diferentes a problemas análogos.

Y, como no podía ser de otro modo, también la cultura económica que preside estos servicios se alinea en el mismo bando. Mientras las tarifas eléctricas soportan todos los costes, el agua, ese bienpreciado y escaso está subsidiado, aun cuando sólo de manera indirecta, puesto que al final todo queda a cargo del contribuyente. Ello es semejante a un injusto sistema fiscal que prima los impuestos indirectos sobre los directos. Por ello el uso del agua ni es racional ni es eficiente. Así lo ha debido entender la Unión Europea que ha dispuesto, a partir del 2010, eliminar los subsidios. No otorgando la condición humana valor real más que a aquellos bienes y/o servicios que reflejan de manera directa su verdadero coste, no es ésta una cuestión trivial. Y mientras la demagogia de los políticos municipales impida subir las tarifas urbanas del agua, las redes que la distribuyen no podrán ser renovadas. Insuficientes, viejas, y mal mantenidas, continuarán alejadas de cualquier estándar de calidad moderno.

El fluido eléctrico, sin historia y sin poder almacenarse, se comporta de manera rebelde e indómita tanto que quien corresponde de inmediato toma cartas en el asunto y subsana las deficiencias de su distribución. Mientras el agua, el fluido por excelencia, histórica y dócil ella, deberá esperar a ser distribuida cual corresponde al siglo XXI. Remitiéndonos estrictamente a los hechos no conviene olvidar que cortes de agua de más de diez horas diarias de duración, soportados por diez millones de habitantes del sur de España durante más de cinco años (entre 1991 y 1995), no han sido argumento de peso suficiente como para propiciar un cambio de cultura. Mucho más resolutivos se han mostrado un puñado de fallos en el suministro eléctrico. Conclusión, si de fluidos hablamos, conviene ser contestatario.

Para que el desarrollo de la costa mediterránea sea una auténtica apuesta de futuro deben cuidarse las infraestructuras mucho más de lo que hasta ahora se ha hecho. Se piensa en el corto plazo olvidando el largo plazo. Se invierte con la mirada puesta en la rentabilidad inmediata, en aquello que se ve, y con una cultura propia de nuevos ricos que necesitan aparentar y vivir al día, ¡carpe diem!, aún cuando, como quien hace un acto de contrición, a menudo se invoque el término desarrollo sostenible. A él tantas veces se recurre sin sentido que quien así lo hiciera, por tomar en vano su santo nombre, debiera faltar a un segundo mandamiento de leyes y obligaciones para con las generaciones futuras.